

EL MERIDIANO

Juanma Fernández

Egoprotestas covid-19

Aragón lleva varios días siendo de las comunidades que más casos de covid-19 notifican y la incidencia acumulada de la enfermedad no es de las más bajas. Además sabemos que ha habido brotes en Lérida, Ceuta, Extremadura y el País Vasco; sin contar los que se han localizado en Huesca y Teruel, sobre los que el Ministerio pidió seguimiento. En resumen, que el riesgo sigue ahí y, a pesar de ello, los españoles hemos entrado en barrena en ciertas actitudes que no se entienden.

Primero llegaron las caceroladas, que provocaban un hacinamiento de personas intolerable con la epidemia aún muy activa y que, por fortuna, se diluyeron en cuanto abrieron las terrazas porque eran más rabia y odio que protesta. Sin embargo, que la derecha apenas tenga capacidad de movilización (al menos si lo de salir a la calle toca muchos días seguidos) dejó en el tejado de la izquierda la oportunidad de hacer el ridículo y, por supuesto, la ha aprovechado. El primer mosqueo me lo llevé cuando vi una iniciativa en respuesta a las caceroladas que consistía en ir a aplaudir todos juntos a la puerta del centro de salud de nuestro barrio. «Vayan con mascarilla y guarden la distancia de seguridad», avisaban (igual que los de las cacerolas). Y allí se plantaron, todos juntitos, a aplaudir a los sanitarios que lo han pasado mal por una enfermedad que se expande por las aglomeraciones. Era una paradoja deliciosa de estos tiempos: un grupo de personas poniendo de nuevo en riesgo al resto para demostrar, me temo que a sí mismos, su capacidad de solidaridad y empatía.

Hecho que se repitió, esta vez a lo bestia, con la masa de personas que salió a la calle para plantar cara al racismo. Ahí ya no había distancia de seguridad posible y, a juzgar por las fotografías, sí alguna mascarilla mal puesta. Miles de personas poniendo en riesgo a su entorno y al del resto por un fin digno pero que no justifica la verbena que se montó.

Sinceramente, solo veo narcisismo y egolatría de una ciudadanía que es empática con causas deshinchadas que les ponen en un lugar en el mundo que, desde luego, no es el del bien de la mayoría. Quizá porque nadie quiere ya ser mayoría pero sí tener su motivo para luchar; pero si rasco solo encuentro una lucha por sí mismos y eso es un peligro ahora, además, tangible.

@juanmaefe

EL REFLEJO | José Badal Nicolás

Reválidas y suspensos

Al rechazar exámenes y castigos, el sistema educativo ha dejado de lado la promoción del esfuerzo individual, que es imprescindible para una adecuada formación

Han reparado en la opinión de algunos pedagogos y padres progres partidarios de que al niño o al joven no hay que castigarle por su mala conducta, sino razonar con él, hacerle ver lo que está mal y a lo sumo afearle su mal comportamiento? Hay quienes aducen que el jovencito todavía está creciendo y que carece de mala intención. Suelen ser los mismos que protestan por las tareas extraescolares que los colegiales tienen que realizar, o los que dicen ser amigos de sus hijos (cosa que no se creen ni ellos). Cuando yo era pequeño, si me quejaba por los deberes, mi madre me decía: es por tu bien, para que aprendas y sepas que tienes que esforzarte. Entonces se valoraba el esfuerzo personal y el tesón. Ahora, el castigo por mala conducta o comportamiento indebido, y aquí incluyo el desinterés por los estudios y la indolencia, es casi inexistente. Y por si fuese poco no faltan progenitores y educadores que rechazan los exámenes, y no digamos ya las reválidas y los suspensos. ¡Qué les voy a decir: el país de las maravillas!

Fluye una corriente de opinión partidaria solo de la evaluación continua para valorar los conocimientos adquiridos y el nivel de aprendizaje del alumno. La tremenda realidad es que con varios cates se puede obtener el título de la ESO, el bachillerato o FP. Que

con un aprobado raspado se puede acceder a una beca, destruyendo así el equilibrio entre rendimiento académico y necesidad económica. ¡Qué disparate! Antes había que repetir curso por lerdo o vago. Ahora se admiten los tontos titulados, que proliferan en todos los ámbitos, y dentro de poco ni siquiera habrá suspensos. Y todo esto en un preocupante escenario del 17,3% de abandono escolar en 2019, sin contar los analfabetos funcionales, que son legión. ¡Qué aversión a los exámenes! Las personas de mi generación recordarán las sucesivas pruebas eliminatorias que tuvimos que afrontar en nuestros tiempos de estudiantes: ingreso en bachillerato, reválida de 4º curso para obtener el título de Bachiller Elemental (a partir de aquí había que optar por ciencias o letras, sin concesiones), reválida de 6º curso para obtener el título de Bachiller Superior, examen de curso preuniversitario para acceder a estudios superiores, curso selectivo en primer año de licenciatura (había que aprobar todas las asignaturas para poder matricularse en segundo curso, ¡casi nada!), nuevo curso selectivo en tercer año de carrera (entonces se exigía solo en Ciencias Físicas para acceder al curso siguiente) y examen final de licenciatura al término de los cinco años de carrera. ¿Les parecen muchas reválidas? Pues, en algunos casos, añadan

doctorado, concursos de méritos, oposiciones y acceso a cátedra. No sé de nadie de mi generación que haya terminado traumatizado ante esta carrera de obstáculos.

Me cuesta vislumbrar la razón de ese empeño, que algunos defienden sin el menor sonrojo, en infravalorar el esfuerzo y la constancia para adquirir una mejor formación cultural, científica y técnica, y lograr una adecuada preparación para afrontar los retos profesionales con los que uno va a toparse más pronto que tarde en un mundo cada vez más competitivo. Escuchando y leyendo a algunos educadores, la impresión que uno saca es que al jovencito y al adolescente no hay que agobiarles con una excesiva carga de sa-

«Los niños y jóvenes de hoy se van a zambullir en un mundo realmente competitivo y con frecuencia injusto»

beres y deberes, ni exigirles ningún esfuerzo memorístico, ni invadir su tiempo de ocio; si acaso, enseñarles a pensar (¡qué guay!). No hay que provocarles ningún trauma, nada que los desmotive, ni que suscite en ellos una insostenible angustia, o que los haga renunciar tempranamente a los objetivos establecidos. Tiempo tendrán para desafíos futuros y para enfrentarse a la vida, dicen algunos padres y maestros. A esas edades lo que tienen que hacer es divertirse e ir formando su personalidad (¡sí, es bonito esto!). Ni una palabra sobre obligaciones.

Pues creo que quienes así opinan confunden y engañan a sus vástagos o alumnos al no exigirles contrapartidas. El mundo real, el del trabajo, no es así de feliz. Los niños y jóvenes de hoy se van a zambullir en un mundo realmente competitivo y con frecuencia injusto. Rechazada la época de 'la letra con sangre entra', los días del palmetazo, el cachete, el pescozón o la bofetada, la opción no es situarse en el extremo opuesto, el del buenismo, sino la de procurar una buena educación de los hijos que les habilite para luego superar con solvencia contratiempos, decepciones y fracasos, y que les capacite para el éxito en su futura vida profesional. Pero explicándoles a la vez, paulatinamente, a tenor de su edad, utilizando el lenguaje adecuado, sin ambages, los compromisos que adquieren y las metas que deben alcanzar. La advertencia sería, el castigo merecido y a tiempo, inculcar una rutina de trabajo y la perseverancia en el estudio, no son cosas reñidas con el cariño, la comprensión y la tolerancia.

José Badal Nicolás es catedrático emérito de la Universidad de Zaragoza

EN SACO ROTO | Juan Domínguez Lasiera

Benita y Agapito

Benita tiene 90 años y es de un pueblo de Burgos, tal vez Brizuela, cerca de Villarcayo, si la he entendido bien. Benita tiene rota la pelvis, y debido a su edad no la pueden operar. Pero está en el Miguel Servet, postrada en la cama, porque necesitan hacerle unos análisis para comprobar que no está afectada por el virus de las narices. Es la exigencia para que la puedan ingresar en una residencia, concretamente en la Casa de Amparo. Estas son las tristes realidades de la vida.

Si la traigo aquí es porque, conversando con ella –y en mis charlas me he enterado de todo lo anterior–, le he preguntado por su marido.

–Pues no sé por qué no viene. Lo estoy esperando y no viene –me dice quejosa.

Le sugiero, por bromear un poco, que a lo mejor se ha escapado, ha huido, que si no le dijo que se iba a por un paquete de cigarrillos y es de los que no vuelven...

Benita parece que se ríe, lo parece porque lleva una mascarilla puesta, de esas contra el virus, y es difícil saberlo, pero sus ojillos, muy hundidos, sin brillo, se iluminan un poco.

–Sí, a la mejor se ha ido a por cigarrillos, porque Agapito fuma.

Es que se llama Agapito, su marido, el escapista.

La que sí ha venido a verla, y a estar con ella, es su sobrina. Así que, por curiosar un poco, le pregunto que por qué no viene Agapito, porque Benita pregunta a todas horas por él...

–Agapito era su marido. Mu- rió hace ya veinte años– me res-

ponde la sobrina que ha venido. Sí, estas cosas son las realidades de la vida, y ya no sé si tristes o alegres. Porque ella sigue teniendo vivo a Agapito en su alma.

Me tomo la licencia de decir que la de Benita y Agapito es una hermosa historia de amor.

Cuando los camilleros se la llevan hacia la Casa Amparo, porque los análisis del virus han salido negativos, la despido con un «saludos a Agapito», y ella sonríe, o eso me parece.

Una bella historia de amor, sí.

Ustedes se preguntarán que por qué he ido tanto al Miguel Servet. No es por ninguna afición malsana, ni por ninguna clase de apostolado, tan meritorio. He ido allí porque he tenido ingresados, y no por culpa del maldito virus, a dos personas muy cercanas y

queridas. Estaban en pabellones distintos y eso me obligaba a hacer casi kilómetros para ir de uno a otro. Por ejercicio no será. Hacía tiempo que no caminaba tanto. Estos 'monstruos' de nuestro García Mercadal es lo que tienen, y encima los han ampliado.

Y de lo que no nos damos cuenta, hasta que nos toca, es que las enfermedades, como los virus, nos acompañan siempre. Se flexiona mucho yendo a los hospitales. Se reconoce el valor de los sanitarios de todo tipo, y se relativizan muchas frívolas obsesiones, las del poder y el lujo, sin ir más lejos. Y se aprecia lo esencial, la necesidad de los afectos, del reparto generoso del cariño.

Pero no quiero ponerme estúpido. Prefiero que se queden con la historia de Benita y Agapito. Unos amantes que ni los de Teruel...

Ay Benita, cómo me has llegado al corazón, con tus ojillos hundidos, llorosos, y tu sonrisa que no lograba tapar ni la mascarilla antiviral.